

IN MEMORIAM DE HÉCTOR SCHMUCLER

AMÉRICA LATINA: ENTRE OPORTUNIDADES Y PENDENCIAS

AMÉRICA LATINA: ENTRE OPORTUNIDADES E PENDÊNCIAS
LATIN AMERICA: BETWEEN OPPORTUNITIES AND PENDENCIES

Héctor Schmucler: lecciones para la investigación en tiempos de crisis.

Eduardo Gutiérrez

Presentación de la Conferencia Inaugural del X Congreso Latinoamericano de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación, 2010, Bogotá.

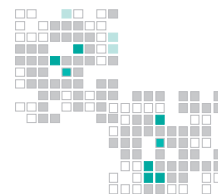
Resulta un honor inmenso tener la oportunidad de realizar la presentación del profesor Héctor Schmucler. Porque el hecho de que sea él quien realiza la apertura de este Congreso Latinoamericano de Investigadores en Comunicación, nos recuerda e interroga por el sentido del oficio de la investigación. De algún modo su trayectoria y biografía es la biografía y trayectoria de la configuración del campo de estudios en comunicación y cultura en América Latina.

Más allá de un perfil biográfico, prefiero hacer una entrada distinta en esta presentación, tomaré cuatro momentos a lo largo de estas décadas en los cuales su pensamiento, su acción política, y su persistente actitud deliberativa han estado movilizándolo el escenario de la discusión en comunicación en América Latina y a estos episodios les pediré que ofrezcan algunas pistas sobre lo que significa investigar en comunicación en estos tiempos de crisis.

Veamos los momentos, el primero...

Me trasladó entonces al año 73, El profesor Schmucler junto con Armand Mattelart y Hugo Assmann lidera la Revista Comunicación y Cultura, tomando una clara posición en su perspectiva política le otorgan el subtítulo de la comunicación masiva en el proceso político latinoamericano. Quien desee ver los orígenes del debate en comunicación y cultura en América latina deberá revisar esta publicación. El primer número editado en Chile se reedita pocos meses después en Buenos Aires, migrando para enfrentar las consecuencias de abordar críticamente los procesos de la comunicación masiva en donde este debate resultaba incómodo para los poderes. Poco tiempo después la realidad argentina mostrará la misma situación, la revista debe migrar, sus codirectores deberán vivir el exilio Mattelart en Francia. El profesor Schmucler irá a México.

Resalto entonces la frase que desde el mismo editorial de expresa el sentido de investigar la comunicación en ese momento, la revista quiere establecerse como un órgano de vinculación y expresión de las diversas experiencias que están



gestando los países latinoamericanos en el campo de la comunicación masiva, con lo cual se espera “deben emerger los gérmenes de una nueva teoría y la práctica de la comunicación que, en definitiva se confundirá con un nuevo modo total de producir la vida hasta los aspectos más íntimos de la cotidianidad del hombre” la idea es contundente: no hay investigación en comunicación sin un proyecto político, el quehacer de la reflexión se integra y fusiona con el quehacer de la acción.

Ese mismo espíritu es el que anima el prólogo que por esos mismos tiempos el profesor Schmucler para el libro de Mattelart y Dorfman *Para Leer al pato Donald. Comunicación de masa y colonialismo*. Obra que con 36 ediciones hasta hoy es superada por pocos libros sobre comunicación en alcance y difusión, más allá del análisis y el abordaje contemplativo ejerce una crítica profunda sobre la comunicación y un llamado a la acción. Se investiga para actuar políticamente.

Dice el profesor Schmucler sobre el sentido de la investigación: “Su éxito (el del libro), en cambio, estará logrado cuando, negándose a sí mismo como objeto pueda ayudar a una práctica social que lo borre reescribiéndolo en una estructura distinta que ofrezca al hombre otra concepción de su relación con el mundo. (y remata) Entonces no serán necesarios estos libros: la gente no comprará la revista de Disney.” (Página 7-8). entonces lo que se investiga se mezcla y transforma la vida.

Pasemos a un segundo momento entonces...

Podría creerse que este llamado apenas responde a una convicción derivada de los ánimos políticos y revolucionarios que corrían por la América Latina en los años 70, sin embargo los hilos de esta reflexión podrían ser leídos años después en los debates que en pleno proceso de constitución del campo estudios en comunicación y cultura el profesor Schmucler realiza hacia los años 80 en las páginas de la Revista Comunicación Cultura en ese entonces publicada desde la UAM de Xochimilco,

adonde se había trasladado una década antes.

Dice el profesor Schmucler “no se trata de describir apartándonos, sino de construir un saber que nos incluya, que no podría dejar de incluirnos. La relación comunicación/cultura es un salto teórico que presupone el peligro de desplazar las fronteras. Pero, justamente eso se trata: de establecer nuevos límites, definir nuevos espacios de contacto, nuevas síntesis. En vez de insistir en una especialización reductora se propone una complejidad que enriquezca. Nada tiene que ver con esto la llamada interdisciplinariedad que, aún con las mejores intenciones, sólo consagra saberes puntuales. Se pretende lo contrario: hacer estallar los frágiles contornos de las disciplinas para que la jerarquía se disuelvan. La comunicación no es todo, pero debe ser hablada desde todas partes; debe dejar de ser un objeto constituido, para ser un objeto a lograr. Desde la cultura, desde ese mundo de símbolos que los seres humanos elaboran con sus actos materiales y espirituales la comunicación tendrá sentido transferible a la vida cotidiana” (Revista Comunicación y cultura No 12, 1984, p 114) Nuevamente es la necesidad de integrar investigación y vida.

Todo esto, lo ha planteado el profesor Schmucler como respuesta a un debate disciplinar fuertemente centrado en confrontar el funcionalismo, y al cientificismo que galopa en América latina “en nombre de la ciencia, se expandía una cultura que consagraba la dominación. ... Una bibliografía generosamente distribuida por todos los países insistía en el mérito de lo científico en remplazo de lo que hasta entonces era mero arte, oficio. Los doctos en comunicación podrían llamarse comunicólogos. ... La ciencia consolidaba la autenticidad de los conocimientos, volvía indiscutibles las opiniones de quienes ejercían la profesión (porque ya no eran simples opiniones) e imponía una exigencia soberana: la investigación. Investigar fue el fantasma que habitó los sueños de dignidad científica de los estudios de comunicación. Obsesión



y tormento.” (Revista Comunicación y cultura No 12, 1984, p 110). Schmucler deja registrado el tránsito en el que se abren los caminos entre el saber y el conocimiento: el alejamiento de la investigación y el hacer. El extrañamiento de la vida. El olvido de lo que el oficio y la acción habían puesto en el saber, desperdiciando una buena parte de la experiencia acumulada.

Pasemos entonces al tercer momento

Una década después es esa misma pregunta la que va a mostrarse en el debate en el que el profesor Schmucler en su artículo: *Lo que va de ayer a hoy de la política al mercado* en el que debate el perfil que los estudios en comunicación han comenzado a tener. Con toda claridad marca la frontera en la que los estudios de comunicación se están moviendo, entre actuar políticamente y hacer una crítica al mercado o plegarse al mercado e incorporarse a él. Dice el profesor Schmucler: “consumidores y ciudadanos confundieron los lugares y el consumo se transformó en el espacio adecuado para que la ciudadanía se construya. Fueron necesarios dos pasos sucesivos: hubo que aceptar que el ser humano se realizaba como ciudadano. Luego, que consumir era la forma más legítima de la existencia. Un estrepitoso movimiento de conversión produjo textos que intentan buscar, en la celebración del mercado, alivio a las penurias del pasado anclado en la redención”. Aquí plantea una nueva interrogación sobre el sentido de investigación en comunicación que es a la vez una crítica a los estilos de hacer comunicación en boga plegándose al mercado: “Comprender la realidad no involucra aceptarla. Eso vino después”. (Telos número 47 de 1996)

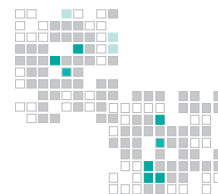
Dejemos pasar otra década en la que podemos cubrir esta trayectoria para poder identificar un

cuarto momento reciente. Son los años correspondientes a la primera década del siglo XXI en los que el profesor Schmucler se ha dedicado a trabajar sobre la memoria. Denominación que efectivamente muestra con sencillez la manera de alejarse de otras pretensiones: su texto no es de historia, se refiere a la memoria, se refiere a la manera en que los sujetos viven y viven al interior de la comunicación. Pero sin embargo de este momento quisiera recoger otra manera de ver la idea de investigación, es la necesidad de la crítica, su pregunta sobre las tecnologías y su preocupación por la transformación humana que se da con ellas. Reafirmemos: comprenderlo no implica aceptarlo, su llamado es un llamado a la crítica, una preocupación por el otro, por la diferencia. En sus trabajos la memoria para nada significa nostalgia, al contrario, significa un reclamo permanente por la posibilidad de otra verdad.

Esas, las cuatro instantáneas que me permiten recoger dos pistas derivadas de la obra del profesor, que quizá nos ayuden a enfrentar crisis y extravíos. Dejé de lado la presentación centrada en el perfil bio bibliográfico a un ejercicio más directo, buscar en la vida académica y profundamente política del profesor Schmucler pistas que permitan entrever el sentido del oficio de investigar. Saco de allí dos pistas contundentes y fundamentales: la primera, el profundo arraigo de la investigación con la vida y con la acción política, y la segunda el reclamo básico que la investigación tiene de ser siempre crítica, capaz de tomar distancia, de deliberar y de liberar.

¡Ojalá no se nos olvide! Con esas dos lecciones arriesgo esta lectura respetuosa y sincera de su obra profesor. Bienvenido y muchas gracias.

Eduardo Gutiérrez



Héctor Schmucler

■ Argentino, 1931-2018. Estudió letras en la Universidad Nacional de Córdoba. Realizó cursos en la Universidad de Buenos Aires y obtuvo su licenciatura en 1961. Entre 1966 y 1969 estudió semiología en la École Pratique des Hautes Etudes (París), bajo la dirección de Roland Barthes. Fundó la revista *Pasado y Presente*, junto a José María Aricó, Oscar del Barco y Samuel Kiczkowski. Fue uno de los primeros en abordar el campo de estudios de la comunicación en Argentina, interesado por la Escuela de Frankfurt y los planteos de la Teoría de la Dependencia. En la década de 1970 fundó en Santiago de Chile la mítica revista *Comunicación y cultura* junto a Armand Mattelart y Ariel Dorfman. En 1979 se suma como miembro suplente al Consejo Directivo de ALAIC bajo la presidencia de Luis Aníbal Gómez y continúa luego como miembro titular en la dirección de Oswaldo Capriles. Su principal actividad académica la desarrolla en Argentina y México, donde se exilia. Entre sus trabajos más conocidos vale mencionar: *América Latina en la encrucijada telemática* (1ª edición).

Buenos Aires: Paidós. 1983. ISBN 978-950-12-4659-9. (con Armand Mattelart)
Memoria de la comunicación (1ª ed.). Buenos Aires: Biblos. 1997. ISBN 978-950-786-141-3.
Miedos y memorias en las sociedades contemporáneas - Política y violencia (1ª ed.). Universidad Nacional de Córdoba: Comunic-Arte. 2006. ISBN 978-987-602-008-4.
Memoria(s) y política (1ª ed.). Buenos Aires: Prometeo Libros. ISBN 978-987-574-349-6. (en coautoría)
Los libros (1ª ed.). (con Ricardo Piglia y Beatriz Sarlo) Buenos Aires: Edición facsimilar de los números de la revista *Los Libros*, publicada en la década del '70
El obrerismo de pasado y presente - Documento para un dossier no publicado sobre SiTraC-SiTraM (1ª ed.). Universidad Nacional de Villa María: Eduvim -. 2014. ISBN 978-987-699-159-9. (con J. Sebastián Malecki y Mónica Gordillo)
Triunfo y derrota de la comunicación (1ª ed.). Argentina: Ed. Godot. 2014. ISBN 978-987-3847-03-5.
El caso Chomicki (1ª edición). Rosario: Editorial Municipal. 2014. ISBN 978-987-1912-38-4. (en coautoría)

RESUMEN

En esta Conferencia, el autor se propone en tiempos de crisis, indagar acerca de las oportunidades y pendencias que se ofrecen en América Latina. Descubrir oportunidades es encontrar algún puerto a donde dirigirnos. Oportunidad, es una abertura, un paso, una posibilidad protectora para escapar de la inclemencia. Lo pendiente, consigna una deuda, “pende” como recordatorio, amenaza o dolor sobre las conciencias individuales o sobre las preocupaciones colectivas. En esa perspectiva el autor transita por la coyuntura latinoamericana.

RESUMO

Nesta Conferência, o autor propõe, em tempos de crise, indagar sobre as oportunidades e discussões que são oferecidas na América Latina. Descobrir oportunidades é encontrar um porto para onde ir. Oportunidade, é uma abertura, um passo, uma possibilidade protetora para escapar da intemperança. O pendiente se refere a uma dívida, “paira” como um lembrete, ameaça ou dor nas consciências individuais ou nas preocupações coletivas. Nessa perspectiva o autor transita pela conjuntura latino-americana.

ABSTRACT

Conference, the author proposes in times of crisis, to inquire about the opportunities and quarrels that are offered in Latin America. Discovering opportunities is finding a port to go. Opportunity, is an opening, a step, a protective possibility to escape from the inclemency. The pending, slogan a debt, “hangs” as a reminder, threat or pain on individual consciences or on collective concerns. In this perspective, the author goes through the Latin American conjuncture.



Coquetear con las preguntas que iluminan, elegir las palabras y dignificar la prosa.

Volver sobre las preguntas, navegar por la filosofía, la historia y la lengua y valorar la comunicación como campo ineludible para pensar la cultura y el mundo que habitamos.

Ese es el sello con el que Héctor Schmucler identifica su texto y lo comparte. Escrito en 2010 y presentado como conferencia principal en el X Congreso de ALAIC en Bogotá (Colombia), el escrito ha permanecido inédito hasta ahora¹. Su autor, sin embargo, ya no está. Héctor “Toto” Schmucler falleció en su Córdoba (Argentina) entrañable en diciembre de 2018.

Con esta publicación ALAIC quiere recordarlo y brindarle homenaje. Schmucler fue uno de los grandes pensadores de nuestro campo y su obra nos acompañará por siempre.

Agradezco, y no por mera formalidad, a los organizadores de este décimo Congreso de la Asociación Latinoamericana de Investigadores en Comunicación. Les agradezco, antes de nada, por la experiencia intelectual a la que me impulsó la búsqueda de respuestas al tema propuesto. Y porque creo que esa experiencia va más allá de un mero acontecimiento personal, me permitirá compartirla con ustedes.

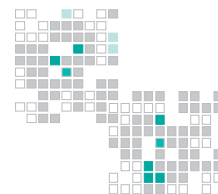
Se me había sugerido reflexionar sobre el contexto de crisis que hoy rodean los estudios y las prácticas en el polifacético campo de la comunicación en América Latina. Mi primer movimiento fue buscar continuidades temporales que me integraran en la comodidad de lo conocido. Se trataba de un esfuerzo de anamnesis: revisar el pasado, mi pasado, a través de la memoria, para reconocer lo nuevo del presente. No todo fue apacible en el recordar: las distancias que se establecieron con el transcurrir de los años se hicieron evidentes y

¹ ALAIC agradece a las Profesoras de la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, Claudia Pilar García Corredor y Mirla Villadiego, por la búsqueda y rescate de este texto presentado en el X Congreso de ALAIC, setiembre 22 al 24 de 2010.

mostraron una tal magnitud que me desorientaron. La lejanía parecía irremediable. Continuidades y rupturas, pues, me empujaron a desbordar el cauto rigor académico y a dejar que se mezclen con los descuidos de la existencia. Dicho francamente, siento que cuando se llega a cierta edad, la bibliografía y la biografía se funden en la memoria. Estoy hablando de esa edad, la mía, que antes se enunciaba con el contundente nombre de “vejez” y que los excesivos temores de nuestro tiempo “políticamente correcto” han ido destiñendo en perífrasis insustanciales. Lo que sigue, entonces, es parte de un discontinuo recorrido entre libros y acciones.

Estamos viviendo momentos de crisis, como bien lo afirma y desarrolla el documento que convoca a este Congreso. Es decir, momentos en los que no se pueden eludir definiciones. Las crisis, como se sabe, constituyen encrucijadas personales o colectivas que exigen reacomodos. El cuerpo puede salir airoso de una crisis en la que una enfermedad culmina; pero también puede fracasar y la muerte se impone. Las sociedades, a su vez, saben resistirse con habilidades de las que carece el cuerpo individual; su declinar suele ser lento y aunque a veces parezca que hondas modificaciones del orden existente se producen de manera súbita, una aproximación cuidadosa revela que el cambio sucede cuando ya existía un largo proceso de desgaste que hacía intolerable cualquier esfuerzo por sobrevivir.

No voy a demorarme en describir las diversas conjeturas sobre el origen de esta crisis económica que salta a borbotones en distintos lugares, pero estoy persuadido de que sus imprevisibles consecuencias serán más importantes por lo que desnuda de nuestro presente que por las evidencias que se mostrarán en el futuro. Si así fuera, importan menos las estadísticas (aunque ¡vaya si importan!) que el drama de nuestro propio estar en el mundo. Nada indica que el sistema vigente, triunfalmente expandido por el planeta, será arrastrado por la



crisis que nos toca. Es probable que en un plazo más o menos mediano, como lo ha hecho tantas veces, el sistema habrá aprendido cómo actuar para evitar los mismos cataclismos que lo sacuden en estos días. En cambio, buena parte de la población siente que algo debe cambiar sustancialmente *ahora*, porque la humanidad está por entero sofocada. Suele decirse, y tal vez nunca haya sido tan cierto, que lo verdaderamente agotado es el espíritu, la palabra que declina convertida en puro instrumento de dominio.

En este escenario me propongo indagar acerca de las oportunidades y pendencias que se ofrecen en América Latina. Algunas consideraciones sobre el título de esta exposición intentarán esclarecer mis propias incertidumbres y precisar el rumbo de un itinerario que muestra las huellas de dudas e interrogantes. Con remembranza cartesiana diría que esa, la capacidad de dudar, es la más sólida certeza que nos acompaña como seres humanos. Agregaría que es, igualmente, la condición de cualquier acto creador. Más cercano, más próximo a nuestra contemporaneidad, suenan actuales las palabras de Ortega y Gasset cuando confesaba ante una España que él veía invertebrada: “Que no sabemos lo que nos pasa: eso es lo que nos pasa”. A la luz de ambas afirmaciones, proponerme hablar de esta América Latina que se debate entre oportunidades y pendencias puede parecer un terreno riesgoso e inseguro; sin duda es una y otra cosa.

Una primera sugerencia de los coordinadores del Congreso me proponía como tema “América Latina: entre oportunidades y dependencias”. Creí entender el sentido de la indicación. Ante la sorprendente crisis que nos toca a todos y que viene a alterar la aparente estabilidad de un orden mundial recientemente estructurado, se trataba de preguntarnos: ¿qué se nos ofrece en América Latina? Mis primeras reacciones ante el interrogante alentaban la esperanza de dar cuenta de una posible nueva situación alimentada por oportunidades originales.

Las supuestas inéditas oportunidades, intuía, nos permitirían superar, entre otras cosas, esa especie de antigua condena a repetirnos hacia la que nos empujaba la fuerza de dependencias materiales y conceptuales.

Algo cambió durante el breve intercambio de mensajes que mantuve con los responsables de la organización del Congreso, quienes generosamente me precisaron detalles sobre las características del mismo y sobre las posibilidades de mi participación. El amistoso diálogo me informó que originalmente se había avanzado otro título para mi ponencia y que, tal vez por el parentesco sonoro (“pendencias” en lugar de “dependencias”) fácilmente cristalizó, en la programación difundida, con éste último término, a todas luces, más comprensible y más ajustado al léxico que circula en nuestras academias. Me atrajo la palabra y opté por el título no nato, dejé *pendencias* y así se lo hice conocer a mi amable y lúcido corresponsal de la Universidad Javeriana. “Pendencias”, aunque contenga un sustrato provocador, tiene la virtud de multiplicar los interrogantes, puede incluir “dependencias” y agrega la idea de deuda (que bien podría entenderse como responsabilidad) y de conflicto (que prescinde de la noción de armonía tanto en la cotidianidad social como en las elaboraciones teóricas que tratan de dar cuenta del lugar de la comunicación y la cultura en las desiguales vivencias de los habitantes del continente). Todo eso me alentaba a darle publicidad, es decir, a hacerlo público para señalar mis puntos de vista. En la comprensión del título que me había atraído, y al que me había plegado, demoré mis búsquedas y forcé mi imaginación. El primer momento del pensar suele ser, con conocida frecuencia, cierto enamoramiento de una palabra que luego, con fortuna, desgrana las razones de su elección. El paso inicial –como bien saben los poetas, los amantes de la sabiduría y todos los verdaderos amantes– es abrirse a la sorpresa de las palabras. Hacerse responsable de



ellas, responder a su demanda. Me repito: la palabra devaluada, meramente instrumental y por lo tanto sin vida, la triste pobreza con que se muestra en la relación entre los seres humanos, está en la más honda raíz de las crisis de nuestra época.

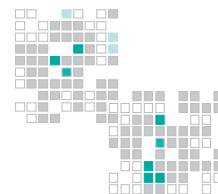
Descubrir oportunidades es, estrictamente, encontrar algún puerto a donde dirigirnos. Oportunidad, en efecto, deriva de puerto, del *portus* latino, que es una abertura, un paso, una posibilidad protectora para escapar de la inclemencia. Llegar a puerto, más allá de su literalidad, es el anhelo de llegar a alguna parte. No otra cosa evoca la “oportunidad”, el estar bien situado para algo que incluye los vientos favorables para llegar a puerto. Las oportunidades expresan condiciones ocasionalmente favorables. El lenguaje común lo traduce como “tener viento a favor”, y no es lo mismo que tener suerte. La oportunidad exige la conciente voluntad de ejercer alguna acción.

La *pendencia*, en su acotada significación jurídica que alude al conjunto de asuntos legales pendientes de resolver, evoca oportunidades que no se presentaron, que no se quisieron ejercer o que pasaron inadvertidas. Lo pendiente, en todo caso y en el sentido más frecuente, consigna una deuda. No se recuerda como pendiente aquello que no está registrado (al menos en la conciencia) como algo que debería haberse realizado. Lo pendiente “pende” como recordatorio, amenaza o dolor sobre las conciencias individuales o sobre las preocupaciones colectivas. La decisión de abocarse a las cosas pendientes, la prioridad que se les otorga y las formas cómo se resuelven, derivan de las pugnas que recorren (y que alimentan) el cuerpo social. Lo pendiente se define, así, de acuerdo a las *pendencias*, ahora en su significación de contienda, conflicto, riña que pone en juego creencias y sentidos.

La percepción de las oportunidades y la identificación de los pendientes que hoy atraviesan el devenir latinoamericano, están estrechamente vinculadas a viejas *pendencias* que marcaron su historia

y que en el presente siguen, cada día, mostrando su rostro. Continuamos viviendo entre groseras e injustas diferencias, entre intereses e ideas encontradas. El conflicto, si por un lado es condición de la existencia misma de la sociedad, también nos interroga: ¿a partir de qué podríamos adjudicarnos el saber adecuado para establecer lo que está pendiente? Y como contraparte, ¿a quiénes descalificamos? ¿De qué pendencia surgirá aquel que oriente el camino? Las preguntas pueden perturbar si no se acepta la necesaria legitimidad del enfrentamiento de ideas; o cuando se presume que los problemas pendientes están definidos de una vez para siempre. Sin embargo, aunque pongan en juego certezas confortables, esas cruciales preguntas no deberían evitarse. Estas preguntas, que aluden al poder y a la libertad, afirman la historicidad de los acontecimientos, nos exigen dar cuenta de nuestra propia legitimidad para postular respuestas. ¿Cómo hemos construido nuestras verdades sobre América Latina? ¿Qué buscamos señalar cuando nos ubicamos en ella, más allá de la alusión topográfica?

Podría intentarse - y no sería menos certera que otras- una historia de América Latina pautada sobre las discrepancias entre los nombres con que se pretendió (¿se pretende?) designarla. Un relato de lo que podría ser la disputa por el nombre -plagado sin duda de suposiciones y pencias- daría cuenta del devenir imaginado para nuestras naciones y nos ilustraría sobre las características con que el “viejo mundo” construyó su mirada sobre sí mismo y la aposentó en esta fracción de la geografía terrena que finalmente quedó, al menos momentáneamente, consagrada como América Latina. En nuestros exámenes y debates, no siempre entra en consideración el hecho de que fuimos una creación de Europa y que, en un sentido nada superficial, esto que llamamos América Latina es la tierra de la utopía. El relato de Tomas Moro que consagró el término, evoca una isla, la del reino de



Utopía, a la que habría tenido acceso un acompañante de Américo Vespucio en uno de sus viajes. “América” consagró el nombre del viajero, mientras la historiografía contemporánea ha puesto en duda la existencia misma de esos viajes de Américo Vespucio: la utopía podría ser una descripción imaginaria que se apoya en un viaje que para algunos sólo fue producto de la imaginación (y los intereses) del marino que ofreció su nombre para denominar al Nuevo Mundo.

América Latina, a su vez, y de acuerdo a una extendida versión, es el nombre imaginado por el francés Michel Chevalier, consejero de Napoleón III, que a mediados del siglo XIX postuló incorporar estas tierras al área de influencia de la potencia francesa. La invasión de México fue parte de un plan mucho más ambicioso: reemplazar la tradición impuesta por el dominio hispánico a favor de la legitimidad de una cultura, la latina, que admitía establecer un tronco común con Francia. Al fin y al cabo en Francia, y no en España, habían encontrado inspiración quienes plasmaron la independencia de estos países. Si fuera así, bien podría sostenerse que (al margen de la obvia materialidad del territorio) América Latina no existía antes de ser nombrada por el cálculo francés y sólo quedó universalmente legitimada un siglo después: en 1948 las Naciones Unidas registraron oficialmente su nombre en la creación de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina). El nombre de América Latina entraba en la historia como tal, y aún nos recorre. La pugna de nombres, sin embargo, sigue poniendo en evidencia diversos matices de nuestras conjeturas: “Hispanoamérica” nos acerca a España tanto como “Ibéroamérica” acepta un lugar para Portugal, junto con España. Las nomenclaturas, salvo excepciones, prescinden del hecho de que los “pueblos originarios”, cuya reivindicación ha tomado inusitada fuerza en las actuales elaboraciones sobre “América Latina”, nada tienen de latinos. Tampoco estaba privilegia-

do el rasgo latino en la famosa “Carta de Jamaica”, escrita por Simón Bolívar en 1815, y aceptada como fundamento conceptual y político de la hermandad de los países americanos que aspiran a su autonomía. Otra vez la imaginación como verdad estricta: la carta de Bolívar, dirigida a un influyente habitante de Jamaica, sólo fue leída en inglés tres años después de escrita; y en castellano, recién en 1825 a partir de la versión inglesa. El conocimiento de estos hechos sólo puede incomodar a un esencialismo fundamentalista que se afirma en la idea de una historia que parece escrita antes de que ocurriera. Por el contrario, resulta más acertado pensar que la “verdad” de la Carta de Jamaica, por ejemplo, no deriva del texto mismo como mandato afincado en el pasado, sino de la memoria que la actualiza en el presente.

La idea de “nuevo mundo” es tal vez el más sólido aporte de Américo Vespucio, que así llamó a una de sus cartas, y que sirvió para repensar lo que quedaba atrás y aventurar perspectivas hacia el porvenir. De allí proviene, seguramente, la importancia que Hannah Arendt atribuye al “descubrimiento” de América en la construcción de la modernidad. La inaudita potencia que desencadenaba el descubrimiento de un nuevo mundo concluía un largo pasado. Y el futuro se abría sin cartografía previa: “América” estaba en los cimientos de las utopías. Con el transcurrir de los tiempos esta porción de América que hoy llamamos América Latina, se volvería depositaria de sueños fabulosos tanto como de racionales modelos que intentan explicar la historia. En esta enigmática fuerza, siempre en el límite del mito, el argentino Héctor Murena nutrió su revelador ensayo “El pecado original de América” y el español Juan Larrea imaginó un destino teleológico para este continente que encontraba proféticos enunciados en la poesía de César Vallejo.

¿Cómo pasar esto en limpio? Es decir ¿cómo definir un conjunto territorial y humano que se

identifique más allá de la sólida argamasa que significó el enfrentamiento contra un común enemigo plasmado en el rostro torvo del imperialismo norteamericano? ¿Nos resulta necesario pasarlo en limpio? En el mejor de los casos América Latina es una historia abierta, un borrador proteico que, para ser, no requiere de definiciones anticipadas. Aunque nada nos esté esperando, creo que América Latina es lo que vayamos haciendo. La carga es grande e indelegable. También es una posibilidad para el optimismo.

Volvamos a la crisis puesto que desde ella, desde la Crisis, este Congreso ensaya pensar América Latina. Una crisis que, con irregulares consecuencias, afecta a cada uno de los lugares del planeta que ha sido tocado por esta novedosa forma de existencia del capitalismo llamada Globalización. Y casi ningún lugar, directa o indirectamente, ha dejado de ser tocado. No siempre está presente la convicción de que la globalización es una forma de existencia de un capitalismo que, con ella, ha realizado cabalmente su vocación de constituir un sistema mundial. Es cierto que todo vaticinio puede ser desmentido por la realidad casi siempre imprevisible; pero, aunque sólidos análisis políticos-económicos lo pongan en duda, no parece llegada la hora del capitalismo: las crisis pueden ser las formas regulares del funcionamiento de organismos y sistemas.

Ateniéndonos, pues, sólo a los síntomas, nos corresponde reflexionar sobre qué hacer desde el campo de los estudios de comunicación (y de cultura mediática) frente a los problemas y nuevas condiciones derivadas de esta crisis. En tiempos no demasiado lejanos, cuando las decisiones parecían tener una incidencia relevante en el porvenir inmediato, y cuando las apuestas de algunos intelectuales y académicos estaban impregnadas de un fuerte e ineludible compromiso político a favor del cambio revolucionario del sistema vigente, hubiera sido inmediata una pregunta que también aho-

ra resulta posible formular: ¿Qué hacer para qué? ¿Para esquivar la crisis con el menor padecimiento posible o para colaborar a que el peligro que se asoma se vuelva un golpe de gracia a fin de que una nueva realidad social aparezca? Tal vez lo más aceptable sea pensar en los términos siguientes: si la crisis actual genera situaciones favorables para establecer profundas correcciones a un sistema que ahonda las injusticias, que hace gala de una impiedad extrema y que pone en riesgo la continuidad misma de la vida en la tierra, deberíamos encontrar los filones adecuados para actuar, para que las oportunidades que se ofrecen pasen a ser acciones transformadoras. Una respuesta semejante ofrecería, sin duda, un amplio acuerdo de los estudiosos y el decidido apoyo de muchos habitantes del planeta. La imaginación, sin embargo, encuentra un obstáculo: ¿realmente podríamos hacerlo? Además de sinceras y duras declaraciones, ¿no estaríamos emprendiendo un camino largamente repetido, empedrado de buenas intenciones, que se pierde en senderos olvidables aunque no nos lleve necesariamente al infierno, según alerta el conocido proverbio? ¿Pero estamos seguros de que no nos lleva al infierno? Si podemos apartarnos de la mitología religiosa, ¿a qué le llamamos infierno? A veces estamos en el peor lugar y no sabemos dónde estamos. Digamos que podría ocurrir lo contrario: siempre es posible comprobar que nos encontramos en esa otra metáfora llamada Paraíso. En ese caso es muy probable que nuestro tema no sería la crisis.

Volvamos a ella, a la crisis, que como un fantasma habita los espacios más destacados de todos los medios de comunicación. Sabemos que es planetaria porque inesperadamente llega a nuestras propias comarcas. Es global y está en nuestras localidades. Si la crisis fuera una fuerza pensante, diríamos que “piensa global y actúa local”. Pero la crisis no piensa, como no piensan las múltiples redes virtuales que recorren capilarmente el pla-

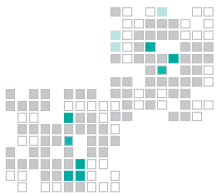


neta. Porque no piensan, nuestra responsabilidad se multiplica. Nada muestra que fuera de los seres humanos haya otros pensamientos capaces de dirigir los acontecimientos de nuestro mundo. Casi no hace falta repetirlo: pensamos y actuamos condicionados por las circunstancias (estructuras, memorias, creencias) en las que nos ha tocado vivir. Ninguna condición, sin embargo, *determina* nuestro pensamiento. Las máquinas “piensan” lo que nosotros le indicamos que piensen, actúan lo que hemos permitido que hagan. Puede resultar moleestamente enfático, pero culpar a las máquinas de lo que hacen las máquinas y de las determinaciones que aparentemente toman, es la forma de nuestro actual desarraigo del mundo. La forma contemporánea de escondernos ante la pregunta de ecos bíblicos y fundadora, tal vez, de toda responsabilidad: “¿dónde estás?”. “No se trata de saber qué pueden hacer las máquinas –escribe Joseph Weizenbaum– sino de saber qué cosas los hombres jamás deberíamos delegarles”. También es cierto que sin el vertiginoso procesamiento que realizan las máquinas habría cosas, actos, procesos que hoy se ejecutan y que serían inimaginables de otra manera. Pero, ¿estamos seguros de que viviríamos peor sin esas cosas, esos actos, esos procedimientos? Y antes aún: ¿a qué le llamamos vivir mejor?

El tema persiste, nos convoca y ya estamos aquí: “La investigación en comunicación en tiempo de crisis: diálogos entre lo local y lo global”. Pero aún no estamos seguros qué es esta crisis como para reconocer un genérico tiempo de crisis. Y, con todo, sentimos vivir en un ya largo tiempo de crisis. Habitamos sus resultados. Las sucesivas crisis solo son comparables por el clima de alarma que generan y la presente, sin duda, conmueve una estabilidad que parecía adquirida en la post-guerra fría: en el campo de los vencedores se llegó a pensar que la historia había concluido. Sin claros contrincantes, el capitalismo global no agoniza: muestra la insustancialidad de su cuerpo vivo. La crisis, de-

ciamos, no amenaza con un futuro en ruinas. Pone en evidencia, para los que no podían ver, su actual incorregible miseria. Frente a este panorama la investigación en comunicación debería mirarse a sí misma: la comunicación está en el corazón mismo de la crisis. El andamiaje del capitalismo global parece sostenerse en las tecnologías para el manejo de la información que a veces se sintetizan en la sigla TIC. Es urgente la siguiente pregunta: ¿Esas mismas tecnologías podrán servir para una salida? Visto desde el interés común que nos reúne, es decir, desde la investigación en comunicación, es posible que la más prometedora oportunidad que nos ofrece la crisis sea la de habilitarnos para encarar los pendientes aún a riesgo de pendenencias. Magnífica oportunidad: preguntarnos qué hicimos, porqué lo hicimos, cómo hemos llegado hasta aquí. Replanteemos las cosas: ¿qué está en crisis? ¿la globalización o la estructura económica sobre la que se acopla hasta formar un solo cuerpo? El capitalismo ha vivido en crisis, momentos de prueba de los que siempre salió triunfante pero transformado. El sólo hecho de su persistencia no lo redime; salvo para la infundada y poderosa idea de que el mejor es mejor porque vence. Lo mejor, lo deseable, demostrado por una contabilidad de los triunfos.

¿De qué crisis estamos hablando? ¿Sus efectos tendrá un nombre como los que se han dado a las sucesivas sacudidas que el capitalismo sintió en los últimos quince años: tequila, dragón, vodka, samba, tango? ¿Podremos utilizar la oportunidad para ahondar las preguntas por el sentido de estas zozobras y no sólo para la enumeración de los dolores que las acompañan? ¿Deberíamos atrevernos a pensar que lo que se hace presente son las derivas de un sinsentido elemental que nos envuelve y que el capitalismo, ahora sí, está mostrando sus inexorables límites? Algunos, en otro tiempo y al compás de entrañables convicciones, creíamos que habría un momento definitivo en que, neces-



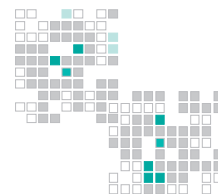
riamente, la engañosa fortaleza del capitalismo se desvanecería en el aire, tal como enseñaba Marx desde mediados del siglo xix. El orden capitalista, pensábamos, asiento y causa del padecimiento de ese mundo que queríamos cambiar, llevaba en su propia naturaleza las condiciones de su desaparición. La mesiánica promesa de una crisis que no podría superar (la promesa apocalíptica no le es lejana ni ajena) era el momento esperado que abriría las puertas al advenimiento de la verdad. Para ese día, ya estaba todo preparado: concluiría la historia porque el reinado de la libertad, de la mano del proletariado, vendría a coronar una esperanza que, oscuramente, empujaba a los hombres desde siempre. Ese momento definitivo, para nosotros, se plasmaba en una palabra incandescente: revolución.

Más arriba mencioné que en busca de continuidades, también encontré distancias irrecuperables. No puedo evocar América Latina y los estudios que desde la comunicación y la cultura contribuyeron a diagnosticar sus males y sus perdurables esperanzas, sin la magia de la palabra revolución. La perspectiva de un cambio radical, tan radical que era un nuevo nacimiento. Crisis y revolución eran indisociables, como lo eran las propuestas de estudios de comunicación. Por otra parte, desde que tienen algún orden los trabajos que tomaron como objeto a las formas colectivas de comunicación, es fácil vincularlos a situaciones de crisis y a la ilusión que el racionalismo iluminista había volcado en la palabra que enseña. La palabra revolución nunca estuvo distante. Desde la “Revolución Verde”, que alentó los más originales y sistemáticos estudios de comunicación cuando en la quinta y sexta década del siglo xx la idea de desarrollo nutrió la primera inmensa ola de investigaciones, hasta la Revolución Socialista en la que se sostenían las nuevas propuestas críticas de investigación y acción en el campo de la comunicación y que pretendían acompañar al huracán que entre los años 1960 y 1970 parecía querer borrar todo

el pasado. Las banderas, que también sostenían investigadores en comunicación, ostentaban por igual, en una fraternidad recién nacida, imágenes de Marx y de Cristo.

Preguntemonos nuevamente: ¿de qué crisis estamos siendo testigos? ¿De la crisis del capitalismo o de la crisis de la revolución? Hemos visto, en apenas unos años, resignar las consignas que nos enceguécian; pero no por ello alcanzamos nuevas iluminaciones. El olvido del camino recorrido puede borrar la posibilidad de una imprescindible indagación sobre nuestras convicciones del pasado y la búsqueda de las condiciones que hicieron posible una creciente injusticia (énfasis que preside el documento de base de este Congreso); muchas veces esa indagación la hemos sustituido por la naturalización de lo que existe. Estas preguntas, repitémoslo, están pendientes y nos atañe. Sólo nosotros somos responsables si las postergamos.

No es difícil verificar cómo los *integrados* (en la recordada y equívoca dicotomía que instaló Umberto Eco hace más de cuarenta años) nadan a favor de una corriente que desborda de triste entusiasmo. Ganados por el miedo a despojarse de aparentes vestiduras, los integrados de todos los matices condenaron a los otros, los consecuentemente críticos del mundo que se construía como un espectáculo mediático, arrojándolos al desván de los *apocalípticos*. Seguimos en una errónea indefinición. No sobrepasamos el vulgar terror que ha hecho del Apocalipsis el final de todas las cosas cuando, en la densidad texto, lo que se ofrece es un renacer definitivo. William Blake sabía que existe un Apocalipsis que puede salvarnos y que termina con el pasado “sin chamuscar un solo pelo”. Las cosas dejan de existir cuando se las mira de otra manera. De eso se trata. Tenemos pendiente la denuncia del nihilismo sobre el que se asienta el despilfarro, mientras nos arrastra un flujo de incontenible insignificancia. Nuestra oportunidad anida, justamente, allí donde descubrimos los pendien-



tes. La dimensión moral que pone en evidencia la crisis contemporánea en el capitalismo global nos facilita el reconocimiento (y tal vez la superación) de la expandida atrofia del pensar. Nos sigue costando aceptar que la disputa de ideas está en el centro de cualquier posibilidad humana; que nuestro presente como sociedad, como comunidad política, se juega entre el reconocimiento del otro o su negación. Entre democracia y totalitarismo como paradigmas que contienen innumerables matices. Pareciera planteada -porque la crisis lo hace más tangible- una elección que no ofrece plazo y que se dirime entre la imposición de un pensamiento único (cualquiera sea la forma que adquiera pero que siempre se acerca al totalitarismo) y el soberano poder de pensar sin miedo.

Mientras tanto, ¿quién puede dudar de que la situación de hambre, miseria, exclusión y desprecio en la que subsisten centenares de millones de personas resulta escandalosa, inaceptable desde cualquier punto de mira? No es sólo una injusticia. Subyace aún algo más grave: la negación de la humanidad del otro. El más elemental sentido del vivir en la Tierra queda clausurado. La crisis que narran todas las primeras planas de los diarios y que las cámaras de todo tipo captan en los desolados rostros de los grandes inversores que ven tambalear sus fortunas, da cuenta de formas concentradas de avaricia, de una inexplicable gula por el poder. Son pasiones absolutamente condenables. El magnífico Dante no dudó en asignarle un lugar en el infierno de su Comedia; hoy deberíamos espantarnos al comprobar que el pudor está casi extinguido. También este es un pendiente para los que debatimos ideas y buscamos la forma de que los conflictos se muestren sin censuras y sin temores; de que la palabra, libremente ejercida, ejerza su soberanía.

Las oportunidades no deberíamos concebirlas como meros atajos para sólo escapar de lo inmediatamente doloroso. La oportunidad puede perderse en oportunismo, en maquillaje que disimule

los estragos de la crueldad. La oportunidad que nos abre la crisis, en su mayor alcance, es la de preguntarnos por nosotros mismos. Las crisis no nos llegan como si fueran ciclos naturales. Tampoco la globalización. La única expectativa de que las cosas sean de otra manera es aceptar que lo que es, no necesariamente tenía que ser así. Es posible que la economía se reacomode, que se reviertan los índices que marcan la caída, que la salud, la educación y la comida se distribuya con más equidad. Deberíamos trabajar para que eso suceda aunque resulte arduo, aunque los logros resulten improbables o parciales. No tenemos en nuestras manos instrumentos decisivos porque el poder se vale de una diestra y a veces aplastante prepotencia. En la mejor hipótesis, aún si pudiéramos revertir las injusticias más groseras, persistirían, y con mayor agudeza, las preguntas centrales sobre el cómo vivir cuando el hambre no impone su desesperación sobre todas las otras cosas.

Asombra la velocidad de los acontecimientos. La realidad puede haber cambiado apenas cesa el relato que la describe. Vivimos paradójicamente y nos encaminamos a persistir en conductas desconcertantes. Creemos saber que es inviable la continuidad del mundo si el derroche de todos los recursos continúa potenciándose; a la vez, observamos con pavor la disminución en la demanda de productos y aplaudimos el crecimiento que exige destruir el equilibrio de la naturaleza. La sensatez de pretender vivir con menos, se vuelve indecible. La hipervinculación electrónica no logra evitar la realidad del aislamiento y el sentimiento de no estar en común -comunicados en sentido humano y no meramente técnico- marca la existencia. Nada de esto ocurre por carencia de tecnologías que distribuyen los mensajes. La disponibilidad de una masa de información jamás imaginada, ofrecida a todos, no estimula el pensar; más bien estrangula el pensamiento. Internet no piensa, como no podía pensar Funes, el memorioso personaje de Borges



aunque absolutamente nada escapara a su memoria. Umberto Eco lo ha destacado hace pocos días. Las grandes empresas económicas dedicadas a la cultura mediática (incluida la difusión de información) constituyen un ejemplo indiscutible del desigual acceso a los instrumentos. Hubo momentos en que esta verificación constituía la clave explicativa de la injusticia que denunciábamos. Hoy, porque la crisis pone frente a nuestros ojos la destrucción material y espiritual, sabemos que no sólo basta con repartir todo más igualitariamente. Se trata, sustancialmente, de poner en duda, aún a riesgo de producir vibrantes pendencias, muchas de las conquistas de las que se ufana el progreso y que no han sabido evitar el predominio de un pensamiento chato y monocorde.

Nada de lo dicho tendría importancia si Fidel Castro acierta en su vaticinio: desde junio de este 2010 viene anunciando que una guerra nuclear, consecuencia de la tensa situación con Corea del Norte e Irán, es inminente. Fidel insiste en estos

precisos momentos mientras procuro concluir estas páginas: le pide al presidente Obama que la impida. Lo leo en la pantalla y aunque cierto tono profético usado por Fidel no resulte convincente, se me impone alguna preocupación: ¿Habrá Congreso en septiembre? Ninguna respuesta es válida cuando el horizonte es tan desoladoramente frágil. Sigo la ficción y me digo que si ustedes escuchan mis palabras no habrá habido hasta entonces una guerra nuclear generalizada. Es tranquilizante, si bien no necesariamente nos habremos salvado. La muerte que nos amenaza no ensordece con su estruendo. Es una amenazante realidad que nos apaga la voz y que nos aísla. Que hace que el otro esté a nuestro lado y no lo veamos. Pero si la guerra no termina con todo -me auxilia Levinas y también Gramsci- nuestra voluntad puede hacer surgir una preciosa oportunidad: reconocernos. Cuidar al otro por puro amor. La vida, en realidad, no tiene otro secreto. Platón sostenía que esa es la extraordinaria potencia de Eros.

